

# Los orígenes de don Juan de Austria

L. G. Rodríguez

Don Juan de Austria —cuyo retrato figura bajo estas líneas— puede ser considerado como prototipo de hombre del siglo XVI. Hijo ilegítimo de Carlos V (al que vemos entrando en Amberes, según el cuadro de Hans Makart), sus verdaderos orígenes maternos aún están por dilucidar.





**L**OS estudios biográficos están desvalorizados y casi menospreciados en estos días, debido a la fuerza y difusión que ha alcanzado el criterio de cierta escuela de sociólogos, según los cuales los grandes sucesos se deben a causas impersonales y no al genio o valor individuales. Cualquiera de las dos posiciones, sostenidas en absoluto, me parecen extremas ya que la historia la hacen los pueblos, sí, pero guiados por unos hombres que, a su vez, persiguen ideales determinados por toda una serie de condicionamientos vigentes en la sociedad que les hizo surgir: D. Juan de Austria reunía las cualidades necesarias para ser tomado por modelo, como en realidad lo fue, en el s. XVI; seguramente no ocurriría lo mismo si hubiese vivido, por ejemplo, en el s. XX.

Desde luego, no puede concebirse la historia limitada a la acción de unos cuantos hombres o de unas cuantas instituciones: el verdadero protagonista es el pueblo, pero me parece fuera de toda duda que algunos de estos hombres o de estas instituciones, en un momento dado, han prestado su empuje (otro problema es si hacia delante o hacia atrás) al carro de la historia. En este aspecto, la aportación de D.

Juan de Austria fue más simbólica que real, quizás por las circunstancias que le rodearon, y, seguramente, por las decisiones absurdas o incomprensibles con que, tan a menudo, le sorprendía el Rey. Así es que D. Juan limitado, se quedó en ser un símbolo vivo del espíritu del s. XVI, que, por otra parte, ya es bastante. Como tal fue aceptado por la mayoría de los autores que fueron creando el «mito D. Juan», indestructible durante mucho tiempo, como todos los mitos. Y lo cierto es que la aceptación simbólica de D. Juan no ha carecido de motivos ya que tanto física como espiritualmente se adecuaba a esta concepción.

Si las biografías en general están desacreditadas, grave parece emprender la de un caudillo militar, ahora que la llamada «historia de la civilización» está en alza y esta considera los hechos externos como sucesos fugaces sin ninguna trascendencia. Aparte de que, en cierto modo, responden a este criterio, no se puede olvidar tampoco que las guerras, las conquistas, los reyes, los cambios de dinastía, los héroes, considerado todo ello con objetividad, explican esa otra «historia interna» y la ilustran, haciéndola más asequible. Además, suponiendo, utópicamente, que se pudiese





---

# **SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES S.A.**

---

**J. L. Leal;  
J. Leguina;  
J. M. Naredo;  
L. Tarrafeta**

**La agricultura en el  
desarrollo capitalista  
español (1940-1970)**

**J. Schickel**  
Gran muralla,  
gran método.  
(Acercamiento  
a China)

**HISTORIA DE LOS  
MOVIMIENTOS SOCIALES**

**J. Macek**  
La revolución husita.  
Orígenes, desarrollo  
y consecuencias

**J. Valdeón**  
Los conflictos  
sociales en el reino  
de Castilla en los  
siglos XIV y XV

---

**XXI** Emilio Rubín, 7  
Telf. 2000978  
Madrid-33 España

---



Entre las hipótesis que han circulado sobre quién podría ser la madre de Don Juan de Austria, algunos autores defienden la opción de Margarita de Austria (retrato de Anthonys Mor), hija natural del Emperador.

prescindir de tales hechos en el futuro, lo que resulta evidente es que no se pueden borrar del pasado. Y también la política es uno de los elementos de la civilización porque políticas son las decisiones fundamentales en la vida de la sociedad.

Más o menos justificado el tema, voy a tratar ahora de aclarar mi propósito al centrarme en los oscuros orígenes de D. Juan de Austria: considero que aquí está la mitad de la clave que explicaría las actitudes del Rey respecto a su hermano. La otra mitad debe estar en las intrigas del hábil secretario Antonio Pérez que contaba entre sus conocidas maestrías, la de dar al monarca, astutamente tergiversadas, las noticias que se recibían de D. Juan y, sobre todo, conseguir de él que se las creyera; confianza que nunca obtuvo el príncipe de su hermano, el Rey justo por excelencia. Precisamente por considerar a Felipe II tan amante de la justicia —pasión que ocasionó muy frecuentemente las dramáticas dilaciones que también caracterizan su reinado— se piensa que debían existir importantes, aunque fueran subjetivas, razones para obrar como lo hizo (no parece verosímil ni acorde con la personalidad del Rey que pudiesen ser los celos o la envidia ante un ser brillante los que le movieran a mantenerlo permanentemente relegado). En busca de estas razones, me he asomado, desempolvándolas, a las cuestiones referentes a la cuna de D. Juan, rodeada del misterio, al igual que después su vida y, finalmente, su muerte. Este fiel compañero del príncipe seguramente habrá ejercido su atractivo para captar la atención de numerosos historiadores y biógrafos.

ORIGEN DE D. JUAN DE AUSTRIA.—el



gran secreto con que el Emperador quiso que se llevase todo lo referente a D. Juan es la causa de que se conserve o no se haya encontrado —suposición ésta menos probable—, ningún documento que aclare definitivamente su origen. Tanto la fecha exacta de su nacimiento como la personalidad de su madre son cuestiones que, aunque no alterarían en nada lo que D. Juan haya podido significar en la historia del s. XVI, han preocupado a los estudiosos que, al no haber llegado a un acuerdo sobre el tema, nos han dejado multitud de opiniones.

Los autores del s. XVI, cuyas declaraciones son muy apreciadas al igual que cualquier testimonio de la época que se estudia, sea por ignorancia, desinterés o miedo a comprometerse con alguna audacia, no fueron muy explícitos en esta cuestión. Es más, pasan sobre ella como sobre ascuas y en este punto carecen de interés. (Ver, p. ej., Porreño, Baltasar: «H.<sup>a</sup> del serenísimo señor D. Juan de Austria, hijo del invictísimo emperador Carlos V, rey de España»; Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid-1899, p. 7, 21).

En los ss. XVII y XVIII aparece muy extendida la opinión que hace noble a la madre de D. Juan, sobre todo entre los autores españoles, quizás por un sentimiento de orgullo, al considerar que un origen menos noble empaña un poco el brillo de una vida gloriosa. (Ver, p. ej., Ossorio, Antonio: «Vida de D. Juan de Austria», Madrid-1946, p. 7; Brantôme, P. de B.: «Memoires contenant les vies des hommes illustres et des grandes capitaines étrangers de son temps», Leyde-1699, p. 149; Villafañe, Juan de: «La limosnera de Dios, relación hca. de la vida y virtudes de la Excma. señora

Dña. Magdalena de Ulloa», Salamanca-1723, p. 36).

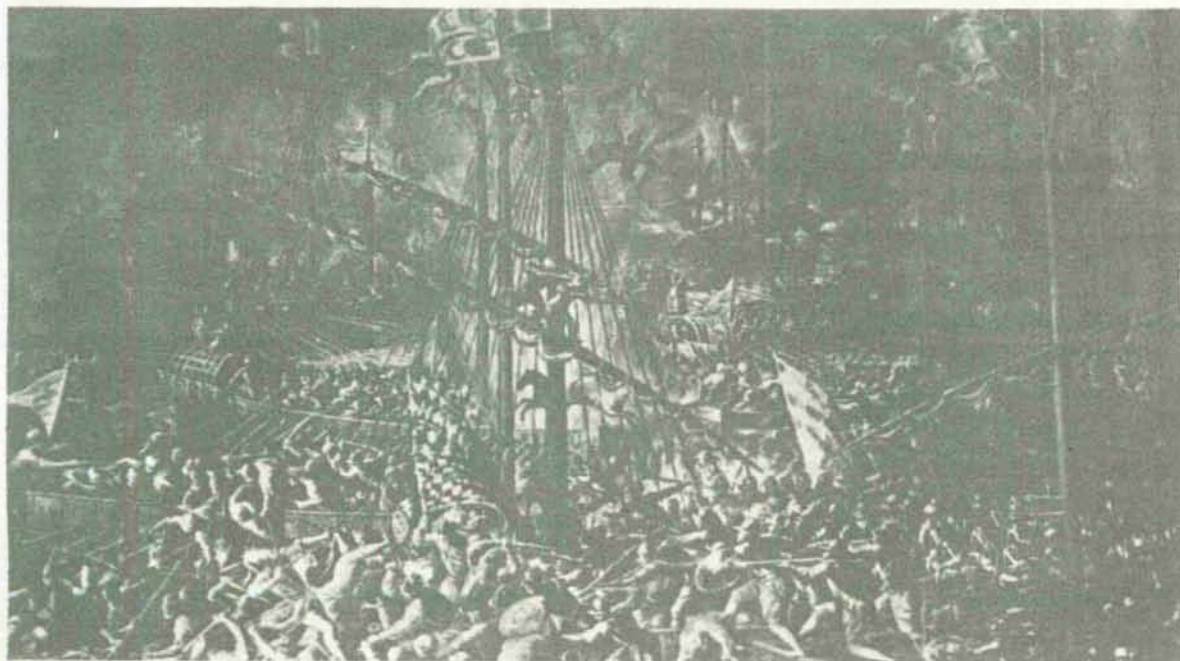
En el s. XIX, el francés Dumesnil opina no sólo que Bárbara Blomberg (comúnmente aceptada), no era la madre de D. Juan, sino que además el cuidado que se había tenido en ocultar la verdadera, había hecho creer a algunos que era hijo de Carlos V y su anterior y menos desconocida hija natural Margarita de Austria. Añade una nota en apoyo de su opinión, según la cual Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, confesó al cardenal De la Cueva que B. de B. no era madre de D. Juan (1).

A Modesto Lafuente y después a Gachard se debe el esclarecimiento de este tema, según Rodríguez Villa, en lo que toca a la madre de D. Juan, tema que, por lo demás, a mi parecer, sigue bastante oscuro. Las opiniones más frecuentes han sido:

- B. Blomberg, noble o no, madre de D. Juan.
- B. Blomberg, madre alquilada para dejar a cubierto a la verdadera, de elevada posición.
- Margarita de Austria, hija natural del Emperador, o María, hermana de Carlos V.

Según las investigaciones de los arriba citados, la Blomberg era hija de un ciudadano burgués que se sostenía de su hacienda. Joven y soltera cuando la conoció el Emperador, casó después con Jerónimo Pyramo Kegell, de quien tuvo dos hijos, el mayor de los cuales, Conrado Pyramo, tenía un parecido sorprendente con D. Juan, no sólo físicamente sino también en aquellos rasgos de carácter y temperamento que tantas noticias suponían heredados del Emperador, de cuya paternidad, en cambio, nadie parece dudar.

(1) Dumesnil, Alexis: «H.<sup>a</sup> de D. Juan d'Autriche», París-1827, p. 11, 31.



El 7 de octubre de 1571 tuvo lugar la batalla de Lepanto —uno de cuyos combates describió así A. Vicentino—, donde Don Juan de Austria alcanzaría su gloria al frente de la escuadra cristiana.





Aunque se viese obligado a reconocer a su hermano Don Juan de Austria como hijo natural del Emperador, Felipe II —en el grabado— nunca se mostró ni recto ni generoso con él.

Dentro de la relativa importancia de estas cuestiones, la que mayor relieve alcanza, en mi opinión, es ésta de la paternidad del Emperador que, aunque tampoco cambiaría nada ya, pues D. Juan ocupó en la historia el lugar de hijo natural de Carlos V, lo fuese o no, sin embargo es lo que podría explicar algo del pensamiento de Felipe II, tan poco generoso siempre con su hermano, quizás por la duda o la convicción en su escrupuloso interior de estar dándole una situación que no le correspondiese. Es decir, que, por una parte, su estricta observancia de la justicia le llevaba a cumplir la cláusula del testamento de su padre que se refería al reconocimiento oficial de D. Juan como hijo natural suyo; pero, por otra, su fuero interno probablemente dudaba de la verosimilitud de tal parentesco, duda que acentuarían los rumores en este sentido.

Aparte de que resulta mucho más complicado —sobre todo en el s. XVI— ocultar o disimular a una madre con su hijo que a un padre anónimo, me parece que se ha prestado poca atención a las declaraciones de la propia B. Blomberg, quien «haciendo vida airada, deshonesto en extremo, solía poner en duda que D. Juan fuese lo que creían: hijo de Carlos V» (2). Esta condición «liberal» de la Blomberg, que hace mucho más fácil dudar de la fiabilidad de sus declaraciones respecto a los padres de sus hijos, aparece claramente reflejada en una carta del Duque de Alba al secretario Zayas de 7 de junio de 1573: «Su madre del Señor D. Juan vive con tanta libertad y tan fuera de lo que debe a madre de tal hijo, que conviene mucho ponerle remedio, porque el negocio es tan público y con tanta libertad y

soltura que viene la cosa a que me han avisado de que ya no hay mujer honrada que quiera entrar por sus puertas porque llega a términos que se van mudando los servidores por semanas. Es terrible y de una cabeza muy dura» (3).

A esta señora «obscura y de costumbres algo libres» (4), a la que se le pueden suponer más ambición e interés que seriedad es a la que se oye negar, en ciertos momentos de exasperación, la paternidad de Carlos V. Pero —fuera real o no— supo aprovecharla para mejorar su situación. Esta ventaja, cuya premeditada utilización no resulta sorprendente en absoluto, sino sencillamente lógica, podría haberla inducido a mentir en el resto de las ocasiones.

LA LEGITIMIDAD EN EL S. XVI.—Finalmente añadiré una breve consideración en torno al problema de la legitimidad en el s. XVI. D. Juan tuvo la desgracia de vivir a caballo entre dos mundos, uno en el cual la bastardía no era obstáculo para nada, y otro en el que la legitimidad empezaba a ser apreciada (los mayorazgos eran todos legítimos). Son los años siguientes a Trento (1545-63) y seguramente esto influyó en el cambio de mentalidad, aunque en cuestiones religiosas, la tolerancia —anticipo de la libertad de conciencia y pensamiento, cruelmente reprimida por los procesos inquisitoriales—, comienza a tomar carta de ciudadanía en la España del s. XVI, empezando por círculos minoritarios.

Por otra parte, y aunque las vidas privadas de los nobles y de los reyes, desde siempre, parece que se consideraban un poco al margen de la religión y de la ley (también existía una severa legislación matrimonial), la religiosa junto con la legal y el elevado concepto que se tenía del honor, del que se hace un culto en este siglo, podrían ser las causas de la valoración creciente de la legitimidad. D. Juan sufrió las consecuencias de lo que significaba la condición de su nacimiento, campo en el que no se puede ejercer la libertad de elección, y que constituyó una cortapisa en su vida. «Merecía por sí D. Juan, por sus padres y linaje justamente el Reino a nacer legítimo; pero el ser natural, lo imposibilitaba» (5). Sin embargo esta misma condición probablemente contribuyó a su popularidad entre las gentes: «Para el pueblo llano la figura de D. Juan tenía especialísimos atractivos; entre otros, el de su origen bastardo que le aproximaba a la plebe» (6). Por su parte, Felipe II manifestó en una

(2) Barado, Francisco: «D. Juan de Austria y B. Blomberg», Rev. técnica de infantería y caballería, T. III, p. 263.

(3) Recogida por Rodríguez Villa en las notas a la edición de la H.<sup>a</sup> de D. Juan de Austria del licenciado Porreno.

(4) Biografía anónima de D. Juan de Austria, B. N. P. 14.

(5) Vander Hammen, Lorenzo: «D. Juan de Austria», Madrid-1943, p. 62.

(6) Crame, Tomás: «D. Juan de Austria», Madrid-1927, p. 19.



ocasión: «La simple bastardía no es razón para privar a D. Juan del derecho a la historia, si, con la vida, el César le ha dado algo de su genio» (7).

De todas formas, el Rey, tan meticuloso como se sabe, debió juzgar que el lugar que le correspondía ocupar a su hermano en la historia tenía que ser más bien oscuro, y con frecuencia no obró rectamente, destinando a D. Juan a lugares y a funciones muy secundarias y sometiéndole siempre a una estrecha vigilancia. ■ L. G. R.

(7) O. cit., p. 39.

He aquí el sepulcro de Don Juan de Austria, que se guarda en la sala V del Panteón de Infantes del Monasterio de El Escorial, y cuya escultura fue modelada por Ponciano Ponzano para ser posteriormente esculpida por Giuseppe Galleotti.

Imagen del espíritu del tiempo en que vivió, sus biógrafos fueron creando una mitología en torno a él que resultó indestructible durante mucho tiempo.

Lo cierto es que la aceptación simbólica de Don Juan no ha carecido de motivos, y que la oscuridad de sus orígenes ha contribuido a dar un aura romántica al personaje.

#### RESUMEN BIBLIOGRAFICO DE INTERES:

Marañón, Gregorio: «Antonio Pérez (el hombre, el drama, la época)», Madrid-1948.

Petrie, Sir Charles: «D. Juan de Austria», Madrid-1968.

Ranke, Leopold von: «Grandes figuras de la historia», Barcelona-1966.

Stirling-Mawuell, William: «Don Jhon of Austria», London-1883.

Yeo, Margaret: «D. Juan de Austria», Madrid-1962.

